



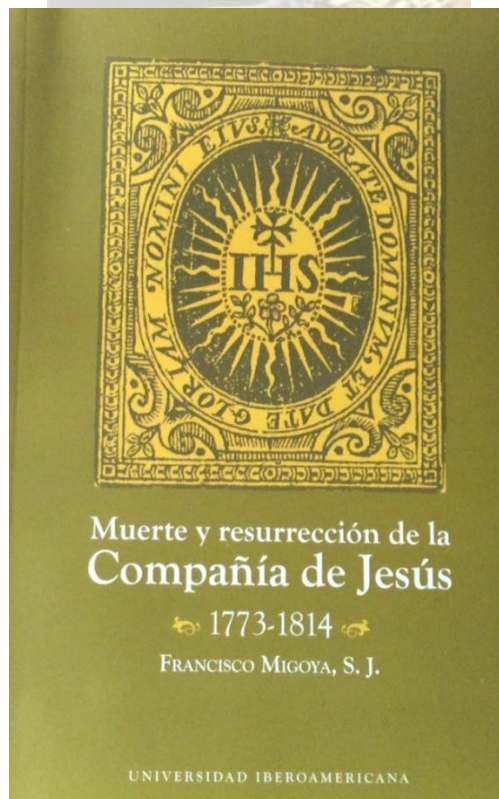
manuel olimón nolasco

historiador

LIBROS EN LOS OJOS

EL TESTAMENTO DE UN JESUITA

Francisco Migoya S.J., *Muerte y resurrección de la Compañía de Jesús, 1773-1814*, (prólogo de María Cristina Torales Pacheco), Universidad Iberoamericana, México 2013, 164pp.



Conocido por sus estudios acerca de la educación y más en concreto de las universidades, su identidad y su misión, el Padre Francisco Migoya puso al alcance de muchos con este libro su testimonio conocedor, amable, serio y sobre todo afectuoso de una etapa particularmente densa en acontecimientos que, además, convoca a la reflexión: los años de las duras campañas contra la Compañía de Jesús en las cortes europeas del "despotismo ilustrado", la expulsión de sus miembros de los territorios bajo la dinastía borbónica, el camino hacia la extinción decretada por

el Papa Clemente XIV, su supervivencia en áreas bajo monarcas protestantes y la emperatriz rusa Catalina y la "merecida restauración" en 1814.

Leí este libro desde un punto de vista muy especial, pues el autor lo escribió en el último año de su existencia y por lo mismo vino a ser como un testamento gentil y amoroso a la razón suprema de su vida: servir en esta tierra de instrumento para la "mayor gloria de Dios". Esta obra corona su presencia escrita, pero no la trascendencia de su acción, cuya insignia es sin duda la Biblioteca Loyola de Monterrey, signo perdurable de sus empeños educadores que, en mi opinión, debería cambiar su nombre a Biblioteca Migoya o por lo menos a Biblioteca Loyola Migoya.

Desde este ángulo lector palpé la admiración muchas veces en forma de adjetivos impresa aquí y allá, la mirada elevada para captar los "ocultos designios de la Providencia" aun en medio de acontecimientos tristes y destructivos, calumnias, injusticias y mezquindades y la captación de una reciedumbre impresa en esa pléyade de hombres que no puede explicarse por locura, masoquismo o estoicismo, sino por algo más, por ese *magis* del impulso ignaciano. Estos puntos pueden prevenir a alguien que espere una rigurosa —y tantas veces deshumanizante— *distancia científica* de las vivencias profundas de las personas y las comunidades y llevarlo a afirmar que este texto no es *histórico* sino un tanto hagiográfico. No estoy de acuerdo con esa no imposible opinión, no sólo porque al Padre Migoya no podía pedírsele esa distancia ni el requisito metodológico de un historiador al no serlo, sino porque el uso racional que hace de las mejores fuentes históricas sobre la época: Pastor, García Villoslada, Ferrer Benemelli, Battlori, Teófanos Egido, Giménez López, no solamente jesuitas ni católicas —cita con amplitud, por ejemplo, al conde de Floridablanca y a Campomanes, contradictores acérrimos y muy activos de la Compañía— y la plataforma ética desde la que sitúa la redacción de sus páginas justifican el itinerario seguido en ellas.

Las etapas del drama están claramente señaladas y expuestas: la dispersión en muy diversos círculos —algunos secretos, la mayoría no tanto— crisol de acusaciones vagas contra los jesuitas, entre las que algunas como la justificación del *tiranicidio* o el laxismo moral llegaron a tener espacios de coincidencia con hechos llamativos, la expulsión del reino de Portugal y sus dominios de Ultramar, la supresión en Francia y el riesgo de un cisma, la cuestión tal como se vivió en España, en sus territorios americanos y hasta en el Pacífico Insular. Más adelante, siguió paso a paso a quienes fabricaron variadas intrigas y cabildeos para que la sucesión de Clemente XIII recayera en alguien flexible aunque no totalmente convencido para la supresión de la Compañía,

el decreto que la suprimió y los efectos, entre los que destacó la sobrevivencia en Rusia y en Prusia. Como epílogo si no feliz al menos reconfortante, vino la restauración realizada por Pío VII cuando ya se avistaba una nueva época para el mundo y una nueva palestra para el ánimo ignaciano.

La recopilación de datos y su engarce en buena prosa, la emoción que late debajo de ellos y que nos hace "ver" y "sentir" esos acontecimientos pretéritos, es más que suficiente para que este libro comparta un sitio de honor en los estantes de la biblioteca de un erudito, sobre la mesa de un estudiante, o sea leído en círculos de personas interesadas en conocer dramas intensos de un pasado que, a pesar de todo, forma parte de lo que somos.

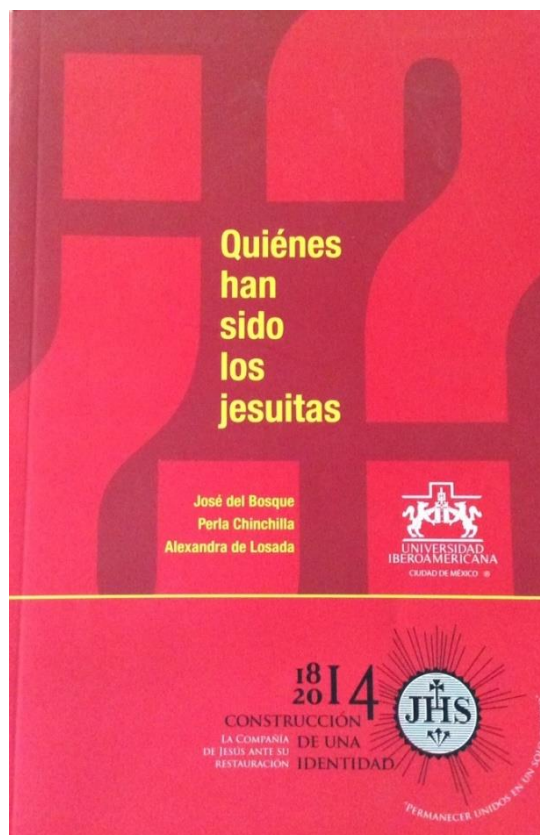
Comparto con la doctora Torales su opinión: "[...] Este libro es la culminación del trabajo intelectual de divulgación de un jesuita, cuya invaluable trayectoria ha dejado su impronta en los estudios sobre las universidades católicas y las de inspiración cristiana, así como en la formación de sus académicos. Sumado a ello, ha orientado su trabajo a la formación teológica y espiritual".¹



¹ *Prólogo*, p. 11.

UNA IDENTIDAD MAL ENFOCADA

José del Bosque/ Perla Chinchilla/ Alexandra de Losada, *Quiénes han sido los jesuitas*, Universidad Iberoamericana, [México 2014], 66 pp., ilustr.



Conscientemente doy lugar a esta otra reseña, después de la de *Muerte y resurrección de la Compañía de Jesús*, por lo contrastante que resulta y la firmo el mismo día.

Si en la obra de Migoya se nota el cariño entrañable, en ésta está presente la distancia, la incomprensión e incluso —me parece— el poco aprecio a la Compañía.

Mucho más podía esperarse de una publicación puesta bajo el patrocinio de una institución jesuita, la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México, sobre todo por el carácter divulgativo que ostenta, que lo que se obtiene de la lectura de estas páginas. Con un lenguaje algunas veces complejo y otras superficial, el balance de este escrito no puede ser positivo. Su difusión masiva no parece que significará un avance en la comprensión de la labor de esta entidad católica —la Compañía de Jesús— en la circunstancia de los doscientos años de su restauración. Se trata de unas páginas en las que se presenta una identidad mal enfocada, equívoca y casi caricaturesca en no pocas de sus líneas.

En primer lugar, la redacción es entrecortada, claramente realizada por varias manos y parchada, pues no entretejida, a base textos de variada procedencia, algunos colocados fuera de su lugar y de un orden lógico, al menos según mi observación. Una buena revisión y unificación del estilo habría sido conveniente. No es fácil, por otra parte, reconocer, por ejemplo, una trayectoria histórica con permanencias y diferencias ni sacar en claro si los jesuitas de la primera época son otros de los actuales o de los que son tenidos como impregnados de la retórica barroca pero a la vez representantes de la ilustración. Los saltos cronológicos que se presentan casi en cada apartado del texto no pueden dejar de confundir al lector, sobre todo al no compenetrado con el ambiente que se pretende reconstruir.

Casi al comienzo, la ambigüedad es patente. Léase: "[...] Hacia el siglo XIV la Iglesia quedó conformada en dos grandes grupos: el clero secular a cuya cabeza estaba el papa y el clero regular, bajo el mandato directo de uno de sus miembros designado para el cargo si bien estos dependían del papa en última instancia". (P. 3). ¿La 'Iglesia' en dos 'grandes grupos'? ¿Dónde queda el episcopado, tan importante para los galicanos, promotores de la expulsión y supresión de los jesuitas? En otro lugar, se figuran contrapuestos conceptos que no lo son sobre todo en su preciso contexto histórico como cuando se afirma a propósito de los "atacantes" de los jesuitas en el siglo XVIII: "[...] unos eran ilustrados y otros monárquicos" (P. 29). ¿No se podía ser a la vez 'ilustrado' y monárquico?, ¿no fue precisamente la idea de las monarquías nacionales la que llevó adelante la supresión de una entidad internacional como la Compañía de Jesús? Son bastantes también las contradicciones textuales y los juicios de valor de insuficiente profundidad como, por ejemplo, estas líneas de la página 47 a propósito de los "colegios jesuitas en el siglo XIX": "[...] El surgimiento de la ciencia moderna y de la tecnología industrial generó un creciente repudio hacia la formación humanística —centrada en el latín—e identificada con la aristocracia". Esas palabras —me parece— sólo pueden atribuirse a descuido en la escritura, prejuicio o ignorancia: ¿el contacto de los jóvenes con las artes y las letras (no sólo las latinas) —pensemos en la *paideia* griega y en las características de la pedagogía presente en tantas civilizaciones fuera del Occidente— no son elementos formativos fundamentales del hombre no sólo atado a la antigüedad? ¿La *ratio studiorum* de los jesuitas con su impulso integrador entre saber y vida, identifica "con la aristocracia"?

A pesar de la obligada mención de las *Constituciones* de la Compañía y, desde luego, de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio, la forma como se presentan es casi una caricatura y para el lector no entrenado, algo que tristemente hace parecer esas columnas de la presencia de la

Compañía en el mundo a partir del siglo XVI muy lejos de su verdadera influencia para la misma comprensión de la mentalidad moderna y del relieve en importancia de la subjetividad. La experiencia del hombre interior, las *mociones* interiores, son elementos fundamentales del estilo ignaciano de ver el mundo y la tarea y compromiso del ser humano en él.

Al pasar las páginas de *Quiénes han sido los jesuitas*, entre líneas se aprecia la casi enfermiza insistencia en la "retórica" jesuita que algunos profesores de la Iberoamericana, de la mano de algunos franceses que han tocado la forma pero jamás el fondo de la escritura ignaciana han cultivado y cultivan. Estoy convencido que esta insistencia ha empobrecido las posibilidades del Departamento de Historia de la UIA en un país donde los historiadores deberían comprometerse con las realidades mexicanas y asumirlas desde sus raíces y no instalarse en una "torre de marfil" de suficiencia intelectual, como parece ser el caso citado. Al leer buen número de sus análisis, que se quedan en la corteza de los textos o en los vericuetos del estilo, se extraña el posible encuentro sustancioso que tanta falta hace para la valoración del enorme filón que para la historia y vida de Occidente significa la cultura católica y dentro de ésta la aportación jesuita. Al terminar, por ejemplo, la casi insufrible lectura de las 372 páginas de *De la compositio loci a la república de las letras*,² me encontré con la patente falta de comprensión no sólo de la espiritualidad y la mística de cuño judeocristiano aun situándolas en un tiempo determinado, sino de la misma realidad de la interioridad humana, de su tejido psicológico profundo y de la unidad psicosomática del ser humano y sus repercusiones, entrampadas dentro de ese libro en complejidades textuales que sólo de lejos contemplan su vitalidad y arraigo.

No quiero pensar en irresponsabilidad de parte de las autoridades de la Universidad Iberoamericana en la decisión de publicar este libro de distribución masiva, pero sí en que recursos humanos y económicos pudieron haberse usado de mejor manera, con más calidad y contenido en la escritura y contribuyendo con riqueza y abundancia a la comprensión de una realidad tan importante para la historia del mundo moderno como la Compañía de Jesús. ¿No habría entre los mismos miembros de la Compañía alguien capaz de encabezar este proyecto? ¿No podría haber intervenido Alfonso Alfaro, que con tan singular maestría dirigió los números especiales de la revista "Artes de México" acerca de distintos aspectos de la huella de la Compañía

² Perla Chinchilla, *...Predicación jesuita en el siglo XVII novohispano*, Universidad Iberoamericana, México 2004. Esta misma crítica puede aplicarse a: Norma Durán, *Retórica de la santidad. Renuncia, culpa y subjetividad en un caso novohispano*, Universidad Iberoamericana, México 2008. Es un libro plagado de citas eruditas pero con una profunda incomprensión de los rasgos distintivos de la cultura católica.

de Jesús que constituyen un legado permanente a nuestra historia e identidad cultural católica y mexicana?

Me da pena unir el comentario nada positivo a este libro con el referente al del Padre Migoya, *casi su testamento*, pero creo que cierta posición dialéctica viene a ser reconfortante y para mí además, es oportunidad de desahogo.

Tepic, Nayarit, 7 de abril de 2015.

Manuel Olimón Nolasco

Academia Mexicana de la Historia.

